

# I

En sus sueños permanecía absorto contemplando el océano. Podía escuchar su respiración. Volvió a inspirar profundamente inundando de aire sus pulmones. De pronto escuchó un ruido sordo, una especie de gruñido que brotaba de su garganta, se atragantó con su propia saliva y comenzó a toser.

Casi al mismo tiempo, un timbrazo hiriente horadó su nuca. El mar había desaparecido. También el sol y esa sensación de abrigo. Abrió los ojos y, aunque los cerró casi instantáneamente, el daño ya estaba hecho: un rayo de luz había logrado atravesar sus pupilas instalándose en la base del cráneo y ramificándose después hasta alcanzar la frente y las sienes, que palpitaron angustiosamente.

«¡Mierda! —pensó—. Esta va a ser de las de competición». Extendió la mano tanteando a ciegas sobre la mesilla y golpeó con fuerza el despertador. De nuevo se hizo el silencio. Intentó volver a conjurar el sueño, pero ya era demasiado tarde. Tenía la boca pastosa, como si hubiera masticado regaliz, tabaco y polvo a partes iguales. Sentía la nuca pegada a la almohada, las cervicales tensas como las cuerdas de un violín. Tuvo que recurrir a todas sus fuerzas para conseguir levantar la cabeza, incorporarse, apoyar un brazo sobre la almohada y concentrarse en el próximo paso: sentarse en el borde de la cama. «Eres tonto Ricardo —se dijo—, para un día que tienes que madrugar...».

Combatió la resaca con el agua casi helada de la ducha, un café solo bien cargado y dos ibuprofenos. Se lavó la boca a conciencia, frotando la lengua con el cepillo hasta casi rozar la campanilla, lo que le produjo una considerable arcada. Y bebió agua con fruición, imaginándose el descenso del fluido sanador por su aparato digestivo.

Se lavó la cara de nuevo y se miró al espejo. Tenía los ojos un poco hinchados, lo que tampoco podía considerarse anómalo, el rictus intenso, perspicaz, algo fruncido pero sin restarle amabilidad. El pelo moreno, un poco canoso y sorprendentemente denso si se tenía en cuenta su edad, lucía despeinado, lo que le dotaba de un aspecto informal, juvenil incluso. «No estás mal, Ricardo —resolvió con cierto sarcasmo—; estás resacoso, pero no acabado».

La radio atronaba y esparcía las noticias desde la mesilla de su habitación y él, con la puerta del baño abierta de par en par, intentaba no perder detalle de la disección de la actualidad mientras se afeitaba con excesiva premura y escasa precisión. Se vistió con idéntica rapidez, recogió las llaves, el móvil, buscó su paquete de tabaco y bajó las escaleras de dos en dos sin esperar al ascensor. En el cuarto piso coincidió con Dolores, que llegaba cargada con las bolsas de la compra y que, como siempre, le sonrió solícita. Él, a pesar de la prisa, le sostuvo la puerta y se entretuvo unos instantes preguntándole por sus nietos. Ya en la calle, se abalanzó a por un taxi mientras volvía a asegurarse de que llevaba en el bolsillo su paquete de tabaco.

Por fin se relajó mirando por la ventanilla. El día era frío pero luminoso. Madrid, palpitante, intenso, frenético, bullía ya en una hora punta demasiado laxa que se prolongaría hasta el mediodía. El taxista no tenía muchas ganas de hablar, algo que Ricardo agradeció a pesar de que entonces no podría evitar concentrarse en la jornada que tenía por delante.

¡Qué hartó estaba de reuniones! Harto. Cansado. Y sobre todo aburrido. Pero no estaba en situación de oponerse a nada ni a nadie, se justificó. Después de más de treinta años en la profesión, de tres décadas de servicio y dedicación plena, y cuando ya creía que lo había visto todo, se enfrentaba ahora a un nuevo enemigo, uno más letal y desde luego más ladino y escurridizo: el tiempo.

Cuando se licenció en Periodismo imaginó, con el idealismo inherente a los años y al despertar profesional, que dedicaría su vida a la búsqueda de la verdad. Que trabajaría hasta que sus ojos, fatigados de tanta lectura, comenzaran a velarse; hasta que sus dedos, deformados por la artrosis, fueran incapaces de seguir tecleando. Sería uno de aquellos viejos plumillas curtidos en la antesala de la historia, privilegiados testigos de los acontecimientos que conforman las crónicas, vestigios inherentes a una generación. Quería ver, conocer, saber. Pero sobre todo contar, contar lo que sucediera, con objetividad, con rigor, sin dejarse manipular.

Hoy, con cincuenta y cuatro años recién cumplidos, la única realidad es que llevaba más de veinte trabajando en *El Diario*, primero en la sección de local y después en la de economía. Si lo pensaba fríamente no había avanzado mucho. Sentía que apenas se había movido de la casilla de salida y, sin embargo, había pasado mucho tiempo, demasiado, entre la precariedad y la persecución del éxito.

Le hubiera gustado irse a probar fortuna a otro país, a otro continente incluso, pero la vida real se cruzó en su camino y se casó con Isabel, que estaba embarazada de dos meses. Compró la estabilidad económica y la pagó a plazos, entregando poco a poco su sueño. Un precio demasiado alto. «Vendí mi alma», pensaba casi a diario. Pero no tenía sentido lamentarse. ¿Para qué? Su vida jamás fue lo que siempre quiso. Y estaba llegando al final del camino sin haber logrado avanzar apenas ¿tres, cuatro casillas?

Querían deshacerse de él. Por viejo. En palabras de su nuevo director: «no era capaz de fluir en el líquido amniótico de la comunicación». Aquel día miró a su nuevo jefe desde lo más hondo de sus profundos ojos negros, unas ligeras bolsas oscuras ensombrecían ligeramente su mirada, afable, tranquila, mientras su célebre y sardónica media sonrisa se iba abriendo paso en su rostro. Aquel día le dijo, casi con cariño:

—¿De verdad te crees esa chorrada que me acabas de soltar?  
¿De verdad te crees eso de fluir en líquido amniótico?

Agustín Pozalbes, un joven de treinta y un años espigado, moderno, siempre vestido de oscuro a excepción de unas incongruentes deportivas blancas, le miró con acritud y terminó la conversación molesto y convencido de la necesidad de relevar a la vieja guardia. ¿Qué valor puede tener un periodista que no entiende la comunicación como algo orgánico, que no se siente parte inherente a ese flujo del que depende, del que se alimenta y nutre?

A su vez, Ricardo se quedó con la sensación de que definitivamente se estaba haciendo viejo. A él le inculcaron la importancia de la información, el papel primordial que la prensa libre juega en una democracia que tenga deseos de perdurar. La verdad. LA VERDAD. Con mayúsculas. Y, por supuesto, la competencia, la rapidez, la importancia de adelantarte a los demás, de hacerte con la noticia. Una primera plana, una exclusiva, ser el primero que destapa la trama, que denuncia el escándalo... En ese contexto, ¿dónde encajaba eso de fluir?

—Los consultores están asesinando al periodismo —sentenció.

Y reparó en que lo había dicho en voz alta porque el taxista le miró desconcertado a través del espejo retrovisor. Ricardo sonrió y negó con la cabeza. Como si no tuviera remedio.

Llegó a la redacción con la hora justa, pero aún tuvo tiempo de hacerse con un brebaje de la máquina de café. Allí se encontró con Rosa, tan hastiada como él, pero por lo menos sin resaca.

—Hola chato, ¿listo para un nuevo rollo?

—Listo. Si me duermo pégame un codazo. O mejor tírame al suelo, con un poco de suerte pensarán que me ha dado un infarto y podremos escaparnos.

Entraron riéndose en la sala de reuniones y Ricardo se entretuvo saludando a los gráficos. La mayoría llevaba trabajando en el periódico tanto tiempo como él. Después bromeó con los de la sección de política y charló de fútbol con los de deportes. Por fin ocupó una silla, lejos del lugar que previsiblemente iba a ocupar Pozalbes.

La sala era alargada, de techos bajos y luz más bien tenue y estaba decorada con decenas de portadas de *El Diario* ordenadas cronológicamente. Si seguías su curso, seguías el curso de la historia. Del desembarco en las playas de Normandía al asesinato de Kennedy, pasando por el alunizaje del Apolo XI. La muerte de Franco, las primeras elecciones democráticas en España tras la desaparición del dictador, la dimisión de Suárez, el triunfo del PSOE. Después llegó el color, la entrada de España en la OTAN, las movilizaciones en contra de la mili, la Unión Europea, la brutalidad de ETA. Pero también, el asesinato de Olof Palme, la guerra del Golfo, el atentado a las torres gemelas, la invasión de Irak... La historia contemporánea a cinco columnas.

Al fondo del salón había dispuesta una mesa para cinco ponentes. «Pozalbes y su recua de consultores», auguró Ricardo. Las primeras filas estaban ocupadas por una nueva generación de periodistas, la mayoría procedente de la redacción digital. Todos ellos cargaban con *smartphones* y *tablets* que iban colocando cuidadosamente encima de la mesa. Observándolos, añoró aquellos tiempos en los que se podía fumar en las reuniones. Y en la redacción. Y en todas partes. Necesitaba un cigarro. Y que el humo mitigara la irrupción atropellada de sus pensamientos.

Rosa se sentó a su lado. Eran amigos desde hacía muchos años, más de dos décadas, y nunca se habían acostado juntos. Años atrás lo había intentado. Bueno, para ser sincero lo cierto es que lo había intentado con casi todas sus compañeras, pero ella le rechazó. Y ahora se lo agradecía, porque les había permitido

forjar y consolidar una sincera amistad. Sin reproches, sin recriminaciones. De eso ya tenía suficiente.

Su matrimonio con Isabel no duró mucho. Eran demasiado jóvenes y él no podía, no quería, renunciar a un trabajo que le absorbía todas las horas diurnas y una buena parte de las nocturnas. Isabel, por su parte, no estaba dispuesta a dejar su profesión para enmascarar el profundo desinterés que Ricardo sentía por formar una familia. Por eso, en cuanto nació su hijo Hugo, un buen chaval que nunca les había dado más que momentos de orgullo, se separaron amigablemente. Isabel se quedó con la custodia del chico. A él le pareció justo (o eso quiso creer). El caso es que estaba satisfecho con la frecuencia de sus visitas. Al principio no eran muchas, pero después, conforme Hugo se fue haciendo mayor, comenzó a disfrutar de su compañía y a arrepentirse de haber estado ausente los primeros años de su vida. Hugo, amable y tranquilo, nunca le hizo ningún reproche. Siempre fue un buen estudiante y, cuando terminó la carrera de Arquitectura, abrió un pequeño estudio en Alemania con un compañero de Erasmus procedente de Munich. Tenía 26 años y un brillante futuro por delante: apenas llevaban trabajando un par de años y ya habían ganado varios concursos para remodelar algunos edificios públicos de Baviera.

Tras Isabel hubo otras muchas mujeres y un solo matrimonio: con Paula, una compañera que trabajaba en la sección de espectáculos. Era alta, rubia, bellísima. ¿Un estereotipo? A los ojos de algunos, puede ser. Él la quiso profundamente. Mucho más por lo que ocultaba que por lo que mostraba. Era divertida, inteligente, impulsiva. Tenía un humor refinado y un estricto sentido de la lealtad que fue, a la postre, lo que les precipitó a la separación. No pudieron tener hijos, una cuestión que a él no le importó demasiado. A pesar de que quería a Hugo, nunca había sentido un especial instinto paternal. Y tampoco creía que faltara nada en su relación con Paula. Ella, sin embargo, se sintió incomprendida

y sola. Jamás se sintió apoyada por él y vivió su desinterés como una absoluta falta de lealtad.

Egoísta, ególatra e insensible. Así le calificó Paula cuando le comunicó que quería el divorcio. Tenía una gran parte de razón. Ahora lo reconocía. Siempre le faltó empatía y le sobró dedicación al trabajo, a una profesión de la que ahora se estaba alejando con una cierta decepción.

Alejó a Paula de sus pensamientos y se centró en Pozalbes, que acababa de traspasar los umbrales de la sala seguido por un nutrido cortejo. Se sentó en el sitio que tenía asignado. Con él comparecieron uno de los subdirectores, Paco Gante; los dos consultores de Rickman and Flik, un hombre y una mujer que parecían recién salidos de una sastrería; y el *coach* especializado en procesos de cambio.

A todos ellos los conocía bien. Con los consultores holandeses llevaban meses trabajando en el desarrollo de una estrategia que les iba a procurar prosperidad y futuro. Eso les dijeron. Sonrió mientras emulaba con ironía la paradoja de plasmar en pósits de colores las negras señales del horizonte de la profesión. Pero, como no quería parecer retrógrado, había participado en todas las actividades propuestas. Incluyendo un taller de risoterapia. Lo que no dejaba de tener su guasa.

Comenzó Pozalbes su discurso explicándoles lo que ya sabían. Que cada vez se vendían menos periódicos, que los anunciantes no estaban dispuestos a pagar las desorbitadas cantidades que se pagaban en un tiempo ya relativamente lejano, y que, además, el muro de pago de la web no estaba dando los resultados esperados. Nada nuevo. Esa cantinela era la misma desde hacía por lo menos cinco años.

Pero hoy quería presentarles una nueva propuesta. «Una iniciativa diferente e innovadora. Una actividad que logrará motivar e interesar a toda la plantilla, independientemente del área en el que preste sus servicios». Ricardo prefirió no aventurar en qué

podría consistir aquella nueva ocurrencia, así que se mantuvo expectante.

—Es un proyecto piloto que hemos denominado *In Your Shoes* y que, como habréis adivinado, consiste en ponerse en el lugar del otro. Para ello, durante un tiempo determinado, trabajaremos por parejas. Un redactor de la edición digital acompañará a un redactor de la edición de papel y le ayudará en su trabajo, colaborará con él en su tarea diaria e intentará entender cómo se desarrolla su día a día. Y viceversa. Tras completar el periodo de tiempo estipulado, el redactor de papel pasará a la web para familiarizarse con aquellos estilos de redacción que consiguen atraer las arañas de Google; para aprender a escalar posiciones en el buscador; a entender los algoritmos, el SEO, el SEM, el marketing digital...

Dejó de escuchar. Esta vez no se trataba de otra sesión de creatividad, pensamiento positivo y demás terminología de moda; esta vez era peor. Mucho peor. Si estaba entendiendo bien, no le iba a quedar más remedio que soportar al típico novato tratando de convencerle de la muerte del papel y de que se acercaba el día en el que los *influencers* dominarían la tierra.

Intercambió una mirada con Rosa y con otros compañeros de distintas secciones del periódico y pudo comprobar que todos ellos estaban tan asqueados como él. Los jóvenes de las primeras filas, en cambio, tecleaban velozmente en sus tabletas. No querían perderse detalle de conceptos como «aprendizaje compartido», «inteligencia múltiple», «transversalidad» o «multidisciplinar».

¡Qué cansancio, por Dios! ¡Qué enorme cansancio!

Recordó con sorna que, cuando irrumpió Internet, *El Diario* tuvo que adaptarse a los nuevos tiempos y en la redacción comenzaron a proliferar ordenadores, dispositivos e internautas dedicados a la carga de los contenidos. A continuación, llegó la separación de las redacciones en dos espacios diferenciados, igual de



ambiciosos, igual de ostentosos, desde los que se haría la comunicación del futuro. Algunos años después y muchos consultores mediante, llegó la reunificación de las redacciones. Se avistaba la necesidad de un cambio de visión: el periodista es multitarea, multiespacial, multi... «Multimierda —pensó con amargura—. Más les habría valido haber contratado a más periodistas y, ya de paso, habernos subido el sueldo». Pero no, se dedicaron a invertir en tecnología y a olvidarse del verdadero mecanismo que sustenta el periodismo: el cerebro, el olfato, el anhelo de saber, la pulsión de escribir una buena historia, la experiencia.

A pesar de que su mente estaba invadida por atezados pronósticos, no mostró signo alguno de rechazo o desagrado. En el fondo entendía a aquellos novatos. ¡Cómo no iba a entenderlos! *In Your Shoes*. No le hacía falta ningún anglicismo para comprender que esas jóvenes que tomaban apuntes con rapidez, esos muchachos, algunos imberbes, que intentaban absorber todo lo que Pozalbes y su séquito decían, eran como había sido él en un pasado no tan lejano: ambiciosos, ávidos de conocimiento y hambrientos de portadas.

Prestó atención cuando oyó su nombre y descubrió que ya le habían endosado a Beltrán Alonso, un chaval de Valladolid al que conocía ligeramente, pero con el que apenas había intercambiado un par de frases de cortesía.

—Beltrán —decía en ese preciso momento Pozalbes—, Ricardo es uno de nuestros mejores periodistas, uno del que nos sentimos especialmente orgullosos porque él solito destapó el caso FECSA.

Ricardo asintió sonriendo con amargura. FECSA, la gran estafa piramidal que se había llevado por delante los ahorros de miles de jubilados, había sido un hito periodístico que no se había reflejado en su carrera. Le habían dado varios premios, eso sí; y le citaron en multitud de reportajes que salieron a la luz los días siguientes a la publicación de la exclusiva. Pero nada más. Pepe

Sancho, el que era director de *El Diario* por aquel entonces, un hombre sobrio y parco en palabras, le había felicitado públicamente un viernes por la mañana mientras la redacción bullía nerviosa con la repercusión que estaba teniendo la portada a cinco columnas y el titular, Times New Roman Bold cuerpo 64, que bramaba desde la portada: «FECSA lleva a la ruina a miles de jubilados». Sancho le transmitió aquella mañana su sincera enhorabuena por el magnífico trabajo de investigación realizado, por la pulcritud con que había ido recabando dato tras dato, testimonio tras testimonio, hasta conseguir desenredar una verdadera maraña de números, gráficos y pistas falsas que el cabecilla de la trama había ido urdiendo. Pero ahí terminó todo. Después no hubo nada más. Bueno, sí: después solo hubo silencio.

Pepe Sancho le prometió un ascenso que nunca llegó, porque entonces irrumpió la crisis y comenzaron los EREs, los números rojos, los ajustes, los «compréndelo, qué más quisiera yo»... Y él se cansó de esperar, volvió a cobrar un nuevo peaje a cambio de entregar poco a poco su sueño y se fue diluyendo en una tarea monótona, metódica, a la que habían robado el alma a golpe de recorte y precariedad.

Tras la jubilación de Sancho, llegó Pozalbes dispuesto a todo para salvar el periódico y el periodismo. Él solo. Ricardo continuó en la sección de economía, cada vez más presionado, cada vez peor pagado, y cada vez más abrumado por la invasión tecnológica que había aterrizado en aquella vieja redacción de luces tenues y ventanas casi siempre abiertas para aligerar una atmósfera demasiado cargada por el humo de los cigarrillos.

—Por eso, Beltrán —seguía diciendo Pozalbes—, te sugiero que estés atento, que seas observador y que aproveches esta oportunidad que tienes de trabajar con un hombre curtido en tantas y tantas batallas. Ricardo, ¿cómo lo ves? ¿Qué te parece trabajar con Beltrán?

Ricardo miró al joven que le devolvió la mirada entre expectante y reticente. «No. No te lo mereces, chaval. No voy a pagar contigo mi frustración». Respondió cordial:

—Beltrán, tal y como me ha descrito el jefe parezco un tipo del Pleistoceno, pero lo cierto es que sustituí hace tiempo mi Olivetti por el ordenador y mi Moleskine, por una grabadora compacta. ¡Ah! Y ya no guardo la petaca de whisky en el primer cajón de mi mesa.

—No. Ahora la guarda en el segundo.

Manolo, el jefe de deportes, desató la hilaridad general. Beltrán también se rio y estrechó la mano que Ricardo le tendía.

«Solo hay una cosa peor que tener una reunión un día de resaca —reflexionó—: ir a todas partes acompañado de un becario».